

Extrañas parejas



Cristina Peri Rossi
Extrañas parejas



menos**cuarto**

© Cristina Peri Rossi
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2024

ISBN: 978-84-19964-16-8
Dep. Legal: P-63/2024

Diseño de colección: Echeve
Fotografía de cubierta: Elizabeth Tsung / unsplash
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S. L.
Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno.: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

Primer encuentro

CUANDO HENRY MANCKIEWIZ los presentó, para protagonizar la comedia *La mujer del año*, Katherine Hepburn, vestida con una blusa blanca y un holgado pantalón negro, le dijo a Spencer Tracy: «Me parece, señor Tracy, que usted es demasiado bajito para mí». Iban solos en el ascensor y Tracy, sin mirarla, respondió: «Pero tengo una cosa que usted no tiene» y continuó sin mirarla. Katherine quedó muda, ante una insinuación cuyo doble sentido le parecía muy perturbador. Cuando llegaron a la planta baja, Tracy hundió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó sorprendentemente una tableta de chocolate negro que extendió a Kate. Esta lanzó una sonora carcajada al tiempo que la tomaba en su mano y le dijo: «Es más bajito, pero compartimos algunos vicios». Spencer la miró con simpatía y le dijo:

—Confío en que no sean todos.

—No me gusta el alcohol —dijo ella, prefiero el tenis.

—Pues yo pensaba invitarla a beber un bourbon.

—Y yo a una partida de tenis.

—Será en otra ocasión, porque yo ya tengo sed. Sus pantalones negros me la han provocado.

—Pues tengo una colección completa —dijo la Hepburn.

—Y yo una bodega repleta de whisky —dijo él—. Lamento que no esté dispuesta a compartirla conmigo.

—Tampoco voy a llevarlo hasta el portal de su casa cuando esté borracho —le dijo ella.

—Los buenos bebedores como yo —dijo Tracy— no necesitamos que nos acompañen hasta la puerta de casa. Dormimos en la escalera o en el hotel.

—Sería una falta de respeto llegar borracho a casa —masculló Kate.

—Estoy de acuerdo. Por eso vivo solo, como usted —murmuró Spencer.

—Yo no vivo sola —protestó Kate—. Vivo con mis padres, pero tengo mi propio apartamento cuando estoy trabajando. Por lo demás, juego al tenis todos los fines de semana en la finca de mis padres. Aunque usted está un poco gordo para jugar bien —agregó ella.

—Y si usted no se limpia las uñas ni se viste de mujer, la película será un desastre. Yo tendré que hacer todo el trabajo de seducción del público.

—Si usted no fuera un viejo retrógrado y borrachín de más de cuarenta años, sabría que el trabajo de

un actor se limita a no hacer nada, hasta que en una sola secuencia sonrío, o mira expresivamente un instante y entonces le dan un Oscar. Es lo que hace Gary Cooper. En cambio, las mujeres debemos actuar. Llorar, sonreír, estar nostálgicas, melancólicas, tiernas o ilusionadas y siempre dispuestas a enamorarnos.

—No creo que la ternura sea su fuerte —murmuró Spencer.

—Ni la sonrisa el suyo —dijo Kate—. Pero es posible que debajo de esa piel de elefante se esconda un corazón atormentado. Todos los dipsómanos lo son. Por eso le gusta el chocolate negro. Es un estimulante. A no ser que a usted solo le pueda estimular su propio ombligo.

—A veces me estimulan las mujeres inteligentes —concedió Spencer—. Pero solo si les gusta el whisky.

—Entonces tendré que demostrarle mi inteligencia en otra ocasión —dijo Kate masticando su tableta—. Este chocolate es buenísimo. ¿Dónde lo compró?

—Regalo de una admiradora sueca. A usted sus admiradores solo le deben de enviar raquetas de tenis.

—Al final de la película, le prometo que por lo menos sabrá qué es una bolea.

—Pero usted no sabrá distinguir un bourbon de otro. Las mujeres son pésimas catadoras.

—Se equivoca. El último concurso de cata de coñac lo ganó una mujer. Una francesa nacida en Lyon.

—Debería presentármela —sugirió Spencer.

—No suelo hacerle la cama a nadie —dijo Kate, brusca—. Además, yo la vi primero. Así que arrégleselas usted mismo.

Esa tarde Spencer bebió como un cosaco, primero con Mankiewicz, a quien le dijo: «Me gusta esa mujer. No soporto a las mujeres frágiles», luego, solo, que era como más le gustaba beber, en el reservado de un bar de Hollywood que cerraba a las tres de la mañana. Cuanto más bebía, más melancólico se ponía y más solitario, de modo que cuando Jerry, el dueño del bar, lo fue a buscar para meterlo en un taxi, Spencer se negó a marcharse ásperamente y Jerry no tuvo más remedio que llamar a Mankiewicz, quien atendió furioso por ser despertado a esa hora.

—Evita un escándalo —le suplicó a Jerry—, la película todavía no ha empezado. O llama a Kate Hepburn, es una mujer discreta, sabrá qué hacer, dile que yo te di su número y te pedí que lo hicieras.

La Hepburn estaba sola releyendo el guion a las tres de la mañana. Sufría de insomnio, especialmente antes de empezar a rodar. Su teléfono sonó a esa hora impropia, y atendió alarmada, temiendo que algo les hubiera ocurrido a sus padres.

—El señor Manckiewicz me ha dado su número y me ha pedido que venga a recoger al señor Spencer Tracy.

—¿Se ha caído? —preguntó la Hepburn, alarmada.